

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 26 de marzo de 1999

Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo nuestro camino cuaresmal hacia la Pascua, se reúne la Iglesia Arquidiocesana con su Obispo y su presbiterio para la celebración de la Misa Crismal.

Durante este tiempo de gracia que nos prepara a vivir con intensidad y devoción la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, nos hemos propuesto en nuestra comunidad diocesana que la Pascua de este año 1999, la última antes de la celebración del Jubileo del año 2000, tenga para nuestra vida personal y para la vida de nuestra Iglesia toda la fuerza renovadora y transformadora que lleva consigo el paso de Jesucristo de la muerte a la vida.

Las celebraciones penitenciales en las nueve zonas de las cuatro vicarías de nuestra Arquidiócesis han constituido una particular expresión de la proyección de la Iglesia hacia el año 2000 de la era cristiana. Una Iglesia que toma conciencia de su misión evangelizadora y quiere presentar, a todos nuestros hermanos en Cuba y al mundo entero, su rostro «sin arrugas ni mancha, ni nada semejante», sabiendo que solo el esfuerzo de los cristianos por dejarse transformar y modelar ellos mismos por el evangelio puede avalar su condición de anunciadores y constructores del Reino de Dios. Porque nos aprestamos a celebrar los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo con un trabajo evangelizador marcado por el impacto de la buena noticia y por la profundización en el mensaje salvador. Para ello, la Iglesia diocesana, como primer paso en esta misión, se ha puesto en camino de reconciliación con Dios nuestro Padre, con nuestros hermanos creyentes o no, amigos o enemigos, y con nuestra historia nacional.

La Iglesia en nuestra diócesis ha pedido perdón por los pecados de sus hijos que favorecieron una pobre convivencia fraterna entre cubanos, tornándola dura o difícil, al quedar oculta o velada la debida expresión de misericordia y de amor cristiano, siempre esperados en la actuación de la Iglesia como el modo propio de los seguidores de Jesús para hacerlo reconocible y amable.

Hemos pedido perdón al Padre por nuestra desatención a la Iglesia y a su misión, especialmente en momentos de crisis, cuando muchos cubanos le volvieron la espalda; perdón por los privilegios de clase y las discriminaciones por motivos de raza en el seno de la comunidad cristiana, perdón porque los sentimientos de revancha o de venganza han anidado en los corazones de los seguidores de Jesucristo, perdón por las apatías, por las desesperanzas. Queremos así, con sincero arrepentimiento, preparar nuestros corazones a la fiesta jubilar que se avecina.

Jesucristo nuestro Salvador nos sale al encuentro en este año, el tercero del trienio preparatorio del año 2000, como el enviado del Padre, el único que lo ha conocido y que permanece unido a Él. Desde esa fuente de amor y de misericordia nos trae Jesús la libertad, la sanación de nuestros males, el consuelo y el anuncio de un tiempo de gracia del Señor. Jesús nos muestra así al Padre y nos lo presenta como el paradigma para cuantos lo quieren conocer. Debemos ser misericordiosos como el Padre es misericordioso, debemos ser perfectos como el Padre es perfecto. Aún más, Jesús no se presenta sino como el enviado del Padre que no obra por sí mismo, sino que habla lo que ha oído del Padre y hace las obras que el Padre le ha mandado; su «comida es

hacer la voluntad del Padre». Tan identificado está él con su Padre que afirma: «*el Padre y yo somos uno*» y, ante el reclamo de sus discípulos, que de tanto escucharle hablar del Padre desean saber quién es y verlo, Jesús responderá con una afirmación que muestra su identidad de naturaleza con Dios Padre: «*quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*».

Todo el quehacer de Jesús, en sus discursos, en sus parábolas, en sus milagros, en sus enseñanzas coloquiales, está encaminado a mostrarnos la bondad infinita del Padre, su amor a nosotros y su misericordia, y a suscitar en sus seguidores, ante todo, sentimientos filiales hacia ese Dios Padre. ¿Quién que se sienta tan inmerecidamente amado «*no amaría en retorno*»? dice San Agustín en frase feliz. ¿Quién que viera la actuación de Jesucristo, tan invariablemente centrada en el amor y lo escuchara llamarse siempre a sí mismo «el Hijo», no se sentiría invitado a tener los mismos sentimientos filiales del Maestro? Pero además, ¿quién podría tener sentimientos filiales tan altos sin amar a su hermano? Y esa es la otra propuesta constante de Jesús, al punto que San Juan, su joven discípulo, podrá resumir lapidariamente la enseñanza de su Señor en estas palabras: «de modo que quien ama a Dios ame también a su hermano».

Esta ha sido la clave de reflexión en nuestras celebraciones penitenciales en todas las zonas pastorales de la Arquidiócesis, para que toda la comunidad diocesana se enrumbe hacia el año 2000 con un doble propósito reconciliador: con Dios nuestro Padre y con todos los hermanos.

Debe ensancharse en este «Año del Padre» nuestra visión de la fraternidad hasta hacerla verdaderamente universal, porque Dios es el Padre de todos. Con propiedad lo podemos decir de todos los bautizados, también de quienes lo son en otras iglesias cristianas que practican un verdadero bautismo. Pero Dios es también Padre de los creyentes de otras religiones, de los no bautizados y de los no creyentes. Todos son amados por Dios con amor de Padre. De modo que cuando llegamos hasta un hermano nuestro a llevarle el mensaje de Cristo, aun si este no está bautizado y dice no tener ninguna religión, no nos estamos acercando a una persona totalmente desprovista del favor de Dios, sino a alguien que tiene algo fundamental en común con nosotros: que es amado por Dios Padre, pues hay un solo Dios y ese Dios es Padre. Así lo decimos en nuestra profesión de fe cada domingo: «*creo en un solo Dios Padre...*». Por lo tanto, hay también un lazo entre esa persona y yo, somos hermanos, porque somos hijos del único y mismo Padre Dios que ha creado el cielo y la tierra, lo visible y lo invisible.

¡Qué importante es que nuestro proyecto de reconciliación personal y eclesial abarque todo el tiempo de la historia y todos los hombres y mujeres que pueblan esa geografía cada vez más ancha en que nos movemos hoy los seres humanos! Para nosotros cubanos, esto significa incluir en esa historia hechos reprobables o tristes, que acumulan pesadas cargas en la memoria y en el corazón, y detrás de esos hechos vislumbrar las personas cercanas o distantes, que comparten nuestra vida en Cuba o que se hallan fuera del país, que aman a la Iglesia o que la desprecian, que nos quieren aunque nos hieran o que no nos quieren de ningún modo. Los cubanos estamos necesitados de una sanación de espíritus, hay que aligerar los corazones de pesos inútiles, es necesario sustraerse voluntariamente y por fe en Dios Padre, en el único Dios de Jesucristo, a criterios y procedimientos duros y justicieros, pero aún más a la pesadumbre y a la opresión interior generalizada que puede producirse en las estructuras sociales cuando el amor cristiano y su misericordia no inspiran el modo común de actuar. Hoy, más que en todo otro momento, debemos tener presentes las

palabras de Jesús en el evangelio de este día: *«he venido para dar la liberación a los oprimidos»*.

Es la hora de una misión en que los hijos de Dios, Padre de todos, con Jesucristo el hermano mayor a la cabeza, comiencen una siembra de bondad, de mansedumbre, de misericordia, de humanidad. Evangelizar al hermano no es darle una noticia seca ni simplemente alegre sobre su salvación, es hacer llegar hasta él o hasta ella el amor, la comprensión, la misericordia, la paz que solo nace en los corazones de quienes se sienten amados por un Dios que es Padre. Esto fue lo que hizo el Papa Juan Pablo II en Cuba. Es lo que Dios le pidió al profeta Isaías y a otros profetas: *«consuelen, consuelen a mi pueblo, háblenle al corazón... y díganle bien alto: que ya ha cumplido su servicio, ya ha satisfecho por su culpa»* (Is 40, 1-2).

Esta tarea de consolar a nuestro pueblo y de consolidar su esperanza debe ser asumida ante todo por el obispo y los sacerdotes de su presbiterio. Somos nosotros los ministros del perdón y del amor de Dios. Cristo Salvador ha depositado en nosotros el admirable tesoro de la misericordia del Padre. Cuando los cristianos se acercan al sacerdote para pedir el sacramento del perdón, experimentamos, como en toda otra acción sacramental, pero en esta mucho más, la grandeza del ministerio que se nos ha confiado y nuestra extrema pequeñez, pues el amor misericordioso del Padre pasa a través de nuestra acogida, de nuestras palabras, de nuestra paciencia, de la capacidad de comprensión y de compasión, de la delicadeza al abordar las inquietudes y angustias de quien busca aliento, perdón y fortaleza. Nunca el sacerdote vive su paternidad espiritual de forma más eminente que cuando perdona a los pecadores, los consuela y los conforta.

Del oficio del confesor debe fluir todo un comportamiento sacerdotal que configure el ser y el quehacer del presbítero. Esto lo predispone a desempeñar también un papel reconciliador en todas las situaciones de la vida y de la historia, sea pequeña o grande, en la cual está inmerso. El hermoso apelativo de «padre» que nos dan los fieles cristianos y tantos hermanos nuestros que no frecuentan la Iglesia está en conexión con ese servicio de la misericordia que, si es ejercido con asiduidad y entrega, se convierte en un poderoso medio de formación de las mentes de las conciencias y de los corazones.

La Misa Crismal es una celebración del sacerdocio. En ella bendice el obispo los óleos y el crisma que serán utilizados en la administración de los sacramentos del bautismo, la confirmación, la unción de los enfermos y el orden sacerdotal. La Iglesia cumple su misión de animar a los cristianos a una vida en santidad, según el modelo de Cristo, proclamando la palabra revelada, que dispone interiormente al discípulo de Jesús a dejarse configurar a su Maestro y Señor por medio de los sacramentos que la misma Iglesia le brinda.

El sacerdote tiene un papel principal en la predicación de la Palabra y en la administración de los sacramentos. Es él quien preside la Santa Eucaristía, fuente y cumbre de la sacramentalidad de la Iglesia, banquete de fiesta que el Padre ha mandado a preparar para sus hijos que retornan a la casa paterna. Para entrar a ese banquete, para ponerse el traje de fiesta que es la gracia divina, debemos estar reconciliados con el Padre y con los hermanos. El sacramento de la reconciliación dispone al bautizado para todos los sacramentos, pero muy especialmente para la eucaristía, cuando requiere ser liberado del pecado y restituido a la gracia. Aquí de nuevo, como en la celebración eucarística, el Sacerdote tiene un papel insustituible.

En este «año del Padre», la Iglesia Arquidiocesana se ha propuesto preparar el Jubileo del año 2000 con un firme propósito de reconciliación con Dios Padre y entre todos los hermanos. El primer fruto de este empeño es la alegría por la amistad recobrada con nuestro Dios y entre nosotros. La penitencia, celebrada en este clima en las distintas zonas pastorales, ha dispuesto nuestros corazones y abierto el camino a la misión preparatoria del gran Jubileo que comenzará el tres de mayo, fiesta de la Santa Cruz y que se extenderá hasta la Solemnidad de Cristo Rey. Con Cristo crucificado iremos de parroquia en parroquia por todas las iglesias y capillas de la Arquidiócesis, en acción de gracias porque «tanto ha amado Dios Padre al mundo que le entregó a su Hijo», quien «no vino a condenar sino a perdonar» y a mostrarnos el amor del Padre. Fijaremos con Cristo nuestra mirada en ese Dios Padre que hace «salir el sol cada día para buenos y malos» y que nos da el pan cotidiano y perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos. Así, en clima de reconciliación con Él y con los hermanos, nos prepararemos para recibir el año jubilar que comenzará el 25 de diciembre, día de Navidad, cuando, viniendo en procesión desde la iglesia y Santuario de Nuestra Señora de la Caridad hasta la iglesia Catedral, inauguraremos el Año Santo Jubilar en el cual se conmemora en la fe el grande y singular evento salvador: «que hace 2.000 años la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros».

Queridos hermanos y hermanas: que toda la Iglesia diocesana prepare el nuevo milenio del cristianismo actuando como pueblo de Dios reconciliador, consolador y esperanzador en medio del pueblo cubano.

Y ustedes, queridos sacerdotes, sean, por gracia de Dios Padre y por el ministerio recibido, reconciliadores de los reconciliadores, aliento de quienes consuelan y sostén de los que siembran esperanza.

Teniendo este año esa especial disposición en sus corazones, renueven con Cristo ante Dios nuestro Padre sus compromisos sacerdotales de alabar al Señor en el servicio a sus hermanos.

Que la Virgen Madre, en cuyo seno tomó realidad humana el Hijo eterno del Padre, sea fuente de inspiración y apoyo para que vivan en total fidelidad su entrega sacerdotal.